

CONSPIRACIÓN SHANDY

Pitol y el misterio que viaja con nosotros

En París, en agosto del año pasado, cada día al regresar al hotel pasábamos por delante del edificio de la rue Littré, en cuya segunda planta hubo a mediados de los años setenta—cuando yo vivía en esa ciudad—una librería clandestina llamada Zékian. El por qué en un París libre existía una librería secreta siempre me pareció un misterio notable. Ni mi mujer ni yo, este agosto pasado, nos decidíamos a entrar en ese inmueble para tratar de averiguar qué había en el piso donde antaño estuvo la librería Zékian. ¿Estaría tal vez todavía ahí la librería y encima seguiría siendo clandestina?

Recordaba perfectamente y de manera casi obsesiva la escalera pintada de un fuerte color rojo que conducía a la segunda planta, donde había una puerta blanca y en ella, pintada en negro, encima de la mirilla, una minúscula pero orientadora letra Z.

Aunque sentía constantemente la tentación de recuperar para mí mismo el espacio en el que un día vi en una reunión secreta al legendario Borges hablando de sus recuerdos de juventud, no acababa de decidirme a dar el primer paso, a entrar en el edificio e indagar la verdad sobre aquella librería clandestina. Pero precisamente esa indecisión, que compartía con mi mujer, iba en realidad agigantando mi curiosidad por saber en qué se habría convertido la enigmática Zékian. ¿Era tal vez ahora la vivienda de una apacible familia burguesa que ignoraba el pasado de la casa y a la que dejaría muy turbada saber que un día, en el comedor de su dulce hogar, Borges confesó que le entristecía pensar que tal vez no tengamos recuerdos verdaderos de nuestra juventud?

¿Qué habría detrás de la puerta blanca? Pasaban los días y no nos decidíamos a entrar en el inmueble de la rue Littré. Hasta que una tarde, en el café de Flore, nos encontramos de pronto—no sabíamos que andaba por París y fue para nosotros una alegría—con el amigo Sergio Pitol, que se convirtió de inmediato en el jefe de la expedición al inmueble de la rue Littré. Fue él quien prácticamente nos arrastró hacia ese lugar. En cuanto aflojara la lluvia, averiguaríamos, dijo, todo lo que tuviéramos que averiguar y no nos iríamos del edificio de la calle Littré hasta que no supiéramos qué había detrás de la puerta blanca, qué clase de persona o mueble—dijo sonriendo—ocupaba el lugar exacto donde un día Borges dijo que era triste no tener recuerdos verdaderos de nuestra juventud.

Me sorprendió, ya en el edificio de la calle Littré, ver que en la segunda planta había, una frente a la otra, dos viviendas con sus correspondientes puertas, ninguna de ellas pintada de blanco. Seguía allí, tal como la recordaba, la escalera (aunque el color rojo no era tan intenso como lo recordaba), de modo que no nos habíamos equivocado de inmueble, pero sin duda

me había traicionado la memoria en lo que se refería a la puerta única en el rellano de la segunda planta. De pronto, toda la investigación en torno al misterio de la Zékian pasó a girar en torno a cuál de las dos era la antaño puerta blanca. Miramos bien y no quedaba ni rastro de dónde, un día, encima de la mirilla, podía verse una minúscula pero orientadora letra Z.

A pesar de mis esfuerzos, me resultó imposible saber cuál de las dos puertas era la que yo, casi treinta años antes, había atravesado en cierta ocasión para escuchar clandestinamente a Borges. Decidimos llamar a la puerta de la izquierda, que era la que más me parecía que podía ser. Nadie contestó. Insistimos, hubo varios timbrazos. Nada. “Está tan claro que ésta fue la puerta de la librería como que no hay nadie ahí dentro. Eran tan secretos sus habitantes que, ya veis, se han hecho invisibles”, dijo Pitol, que no ocultaba lo mucho que le divertía aquella investigación. De pronto, me pareció que él se estaba moviendo como si estuviera dentro de un relato. Y me acordé de que sus cuentos serían cuentos perfectamente cerrados si nos revelaran algo que jamás nos revelarían: el misterio que viaja con cada uno de nosotros. El estilo cuentístico de Pitol consiste en contarlos todo pero no resolver el misterio. De pronto, mi mujer y yo nos miramos y, sin mediar palabra, nos entendimos de inmediato: estábamos dentro de un cuento de Pitol.

Tanto se divertía él con la investigación que acabó aporreando la puerta, se moría de risa. Entonces oímos que alguien, en la puerta de enfrente, hacía girar la mirilla y pasaba a espiarnos. Llamamos poco después al timbre de esa puerta de enfrente. Una mujer de avanzada edad, una vieja dama, la entreabrió con precauciones, dejando puesta la cadena de seguridad. “¿Buscan a alguien?”, preguntó pausadamente, con cierta serenidad. Y entonces Pitol tuvo una salida ocurrente y preguntó en su francés impecable: “¿Monsieur Jorge Luis Borges? ¿Vive ahí enfrente?” Tras un breve silencio muy reflexivo, la mujer nos dijo: “Viven ahí, pero nunca están.”

A Pitol se le iluminó la mirada. Ahora ya sabíamos dónde había estado y dónde podía seguir estando la librería Zékian. ¿Dónde? Pues estaba bien claro y hasta parecía una metáfora del lugar de la literatura en el mundo actual: “Donde viven los Borges que nunca están.” Abandonamos el lugar entre risas, con la impresión de haber hecho todo lo que estaba a nuestro alcance para resolver el enigma de la librería secreta y, en definitiva, del mundo. Nos fuimos de allí con la impresión de haber estado más cerca que nunca de la invisible verdad y que el cuento había terminado. Fue asombroso y no me lo esperaba. Cuando salimos a la calle, noté que seguíamos dentro del cuento de Pitol. —